

*«Soy como el búho de las soledades;  
velo, y soy como el pájaro solitario sobre  
el tejado.»*

(Salmos 102.6-7)

# ***Mosén Nosferatu***

Autor: J.Carlos Unhomas

Esta obra se encuentra sujeta a los términos y condiciones de la *Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs License*, que en pocas palabras viene a decir que eres libre de usar, mostrar, copiar y distribuir esta obra respetando siempre que:

- se cite al autor (J.Carlos Unhomas)
- no se use para fines comerciales sin su consentimiento
- no se transforme el contenido de la obra (incluyendo los términos de esta licencia).



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/>

Era la continuación del curso, no aquel día, las clases lo harían al día siguiente cuando todos, o casi todos para dar cabida a los retrasados, hubieran llegado a la santa casa, al santo hogar de oración de niños de entre once y catorce años, con sotana y ancha cinta azul celeste sobre los hombros desde el pecho hacia atrás en su doblez y extremidades, de niños representantes de la esperanza de un futuro clero. Era el Seminario Diocesano Menor tras las vacaciones de Navidad.

Mañana fría, gris, algo lluviosa. Por una pequeña puerta lateral del vetusto edificio sacan una camilla y con prisas la cargan en la ambulancia. Excepto los interesados y un viandante que curioso se ha parado a observar, nadie ha visto. El alumnado llegaba, algunos con compañía familiar, otros no, pero siempre con la algazara del reencuentro, a través de la puerta principal. Mosén Rius permaneció junto a la pequeña en la que estaba, después del precipitado, silencioso por el no aullar de la sirena, irse del vehículo. No sabía cómo explicárselo.

Había llegado solo; de los papás de Carlitos su mamá estaba enferma y no pudieron acompañarle, y como además vivían en provincia distinta a la nuestra tuvo que adelantar su llegada para evitar ser de los retrasados por razones de tiempo de viaje. En consecuencia, ya la tarde anterior Carlitos deambulaba por el desocupado seminario. Lo había visto varias veces, incluso había jugado con él a encestar canastas en la pista de baloncesto, y no parecía enfermo. Después no, que dejó de verlo. Tras anochecer, supuso habría cenado y estaría acostado.

Cerró la puerta. Mosén Rius temía el momento en que tuviera que dar cuentas de lo sucedido. Qué decir, qué argumento dar para que un niño aparentemente sano aparezca muerto a la mañana siguiente. «Mire, sí, anoche estaba bien, hasta nos divertimos juntos», es más problemático de decir que lo contrario: «Ya se auguraba en su rostro». Y esto es lo cierto: que no se auguraba, que cuando esa mañana, con los primeros albores, fue a despertar a Carlitos, viendo de lejos su mirada abierta, de par en par hacia lo indefinido, tras el protocolario *benedicámus Dómino* sin esperar respuesta le reprobó cariñosamente su holgazanería por no estar ya levantado. Sólo más tarde, al volver de

nuevo y verlo en la misma posición, se acercó curioso hasta su lecho, hasta la pupila abierta de su mirada donde esta vez sí, casi oyó el *Deo grátias* de la muerte como respuesta al anterior saludo. Así y todo no podía creerlo, en la taquicardia de su espanto mosén Rius no pudo creer; tan niño, tan con vida estaba que tuvo que cerciorarse de la realidad de cosa de su cuerpecito zarandeándole violentamente entre sus brazos mientras le llamaba a gritos por su nombre. Más tarde, el doctor confirmó el óbito por parada cardíaca.

Parada cardíaca. «¿Cómo se para un corazón de apenas doce años? –se preguntaba mosén Rius–; corazón sensible, impresionable si se quiere, pero lleno de vigor.» Pudieran encontrarse causas en el esfuerzo que la vida requiere en su mantenerse despierta, pero ¿en la placidez del sueño? A no ser por la edad (y no era éste el caso), sólo una horrible pesadilla podría hacerlo..., y ahora que recordaba, hasta el propio doctor lo había dicho: «Ni que hubiera visto al demonio.» Porque sí, ésta era la impresión que causaba la mirada muerta de Carlitos: la de ver a quien ha visto al mismo demonio... El griterio de un grupo de jovencitos persiguiéndose a lo largo del corredor que llevaba al dormitorio distrajo sus pensamientos. Era allí a donde iba, de donde poco antes habían salido todos camino de la ambulancia. Bueno, no, no todos; mosén Esteban, preso de un ataque de nervios, se había quedado llorando sin que admitiera consolación. Temiendo pudieran verle los niños en tan lamentable estado, esperó a que llegaran. Como dique de contención su presencia paró en seco la carrerilla de aquéllos, aunque no la expresión alegre de sus caras. Mosén Rius era hombre que queriéndose respetado no por ello lo hacía con menoscabo de la confianza y cariño de sus pupilos, sino todo lo contrario: por la convicción razonada de un padre bueno hacia sus hijos. Y esto es lo que hizo, explicar a aquellos mozalbetes, de indumentaria clerical, que la llamada de su vocación religiosa requiere de los buenos modales, de saber contener las expresiones naturales de la alegría, por otra parte consustancial con el favor que Dios tenía hacia ellos. Lo comprendieron; como no podía ser menos lo comprendieron y se volvieron por donde habían venido, esta vez con modoso orden. Mosén Rius sonrió feliz.

Sonrió en el breve intervalo en que la imagen de aquel grupo de niños, enamorados de su persona y en retirada alejándose de él, padre espiritual, le hizo olvidarse de su otro hijo: Carlitos. Sombrío de nuevo el rostro, siguió camino.

No había duda, durante esa noche algo debió impresionar hasta tal extremo el cerebro infantil de Carlitos que éste, alocado, paralizó el corazón. ¿Alocado...? Se detuvo con gesto de súbita comprensión. ¡Era verdad! Acaso él, con sus treinta y tres años, no recelaba de alguna que otra sombra cuando a altas horas de la noche se desplazaba por aquellos corredores, cuando, durmiendo todos y yendo él también a hacerlo, el silencio era tal que hasta el más mínimo ruido se hacía sospechoso; pues mucho más debió sentir la pobre criatura sin nadie a su lado que le acompañara. Decir miedo es decir poco; pánico, terror es lo que debió sentir.

«Oh, Dios mío; y yo sin pensar en ello.» Pero ahora que lo hacía ya era tarde, no había remedio, y en este imposible su conciencia estricta empezó a mostrársele con su parte de culpa. Por qué se desatendió del muchacho, por qué no cenó con él, por qué no le acompañó hasta el dormitorio. Cuando llegó a éste, el ánimo de mosén Rius estaba agravado, con tal multitud de remordimientos que entró en el amplio local con el sigilo de quien se sabe cómplice de asesinato. Miró en derredor: no había nadie, mosén Esteban se había ido. De las casi cincuenta camas dispuestas en dos filas, una frente a la otra formando pasillo, sólo la de Carlitos mostraba su uso durante la pasada noche; sobre las demás, el colchón doblado por su mitad. A través de los ventanales que desde la pared lateral se abrían al patio, llegaba el bullicio de los seminaristas. Miró parcialmente oculto tras la contraventana de uno de ellos, desde la altura de su segunda planta. Reían, jugaban intentando encestar canastas. Lágrimas que no pudo contener, mojaron su rostro...

Mejor así: recoger la ropa y dejar su cama como las otras, como si Carlitos no hubiera llegado. De este modo sus émulos no sabrían de él hasta pasado el tiempo.

El resto de aquella mañana fría, gris y algo lluviosa, mosén Rius la pasó atendiendo a los jovencísimos inquilinos del edificio grande y viejo que era el seminario, ocupándose de la multitud de quehaceres que con su llegada generaban. La congoja la llevaba por dentro cual pelota de sebo y pelos hinchándose cada vez más, pero como sacerdote acostumbrado al voto si no de sacrificio sí de lo que lo enseña: la pobreza, sabía disimular su dolor en bien de los demás. Con todo, la admiración de sus alumnos era bálsamo que aliviaba; siempre estaba rodeado de ellos cual gallina con sus pollitos. Sabía que esta su alegría era causa de alguna que otra envidia, pero qué podía hacer él, ¿negar su amor a quienes se desvivían por darle el suyo?

Llamó a la puerta. No le había vuelto a ver desde que lo dejó llorando en el dormitorio. Mosén Esteban era así de esquivo, más parecía sombra que realidad. Rara era la vez en que podía vérselo con detenimiento; las más eran simples impresiones: el vuelo de la sotana en su andar rápido y cabizbajo, su voz desde la penumbra del confesionario, un intuírsele mirando desde la ventana de su despacho. Pocos eran los que podían jactarse de conocerle. No desde luego los que aspiraban llegar un día a su mismo estado de compromiso sacerdotal con Dios; para ellos era mosén Nosferatu, personaje feo y misterioso al que sabían rector de aquella casa pero poco más, pues, a parte de lo de dirigir, lo que hiciera de más les traía sin cuidado dada la no vinculación directa de ellos con su persona. Entremedio estaban seminaristas mayores y otros curas, como mosén Rius, que se encargaban de la labor de intermediación.

A la respuesta a su llamada, entreabrió la puerta permaneciendo en el umbral. Lo hacía siempre esto de no darse prisa por entrar, pues sabía que aunque el día fuera nublado como aquél, la sola presencia del sol sobre el horizonte ya era demasiado para que mosén Esteban no se hubiera precavido contra el astro en su aposento, y requería de tiempo para adaptar sus ojos a una menor luz. De pie frente a la única ventana, el rector parecía haberse visto sorprendido en su mirar hacia el patio a través de la persiana, el mismo donde por la mañana los seminaristas jugaban a encestar canastas y ahora el horario del culto a Dios había dejado desierto. Desde luego su figura impresionaba. Ojos enrojecidos, sin duda del mucho llorar por lo que ambos sacerdotes sabían, pero para quien no lo supiera reflejo del fuego que se dice hay en el infierno; cabeza hecha calavera por la ausencia de pelo y amarillenta piel escuálida de carne; delgadísimo cuerpo sobre el que la sotana con su negrura hacía difunto; pálidas manos de finos y largos dedos. Todo en él era repulsivo, aunque no sin embargo para mosén Rius. Para éste, mosén Esteban era la bondad hecha carne, carne que aunque para algunos no fuera precisamente de la que se dice bella, no por ello menguaba en un ápice lo primero. Y esto era lo importante, lo que recalaba a cuantos no veían en él más allá de la camisa que llevaba puesta: que mosén Esteban era un santo. Así se lo había dicho poco antes al Cristo crucificado de la capilla, pero en sus remordimientos que no cesaban, venía a repetírselo en la figura de este hombre: Que la culpa era sólo suya por no haber acompañado a Carlitos durante la pasada noche, por no haber sido sensible a sus miedos, a los temores que la oscuridad acarrea. El confesor oyó en silencio; en el largo tiempo que duró la confesión, no fue capaz de articular palabra que consolase al pecador. Parecía asentir en todo.

Mosén Rius salió peor de lo que entró.

A medida pasaban las horas su culpa se le agrandaba. Ya no era sólo lo confesado, sino lo habido antes también. Recordaba haber sido quien aconsejó al padre de Carlitos el adelanto del viaje para que su hijo no fuera de los retrasados, quien no le importó viniera solo porque su mamá estaba enferma.

Desesperado, volvió al lugar del crimen. De las casi cincuenta camas, sólo la de Carlitos tenía el colchón doblado por su mitad; sobre las demás, la ropa de cama con su colcha. Tanta era su culpabilidad que hasta las pruebas del delito había hecho desaparecer. De lo lejos llegaban las voces monótonas de los seminaristas pidiendo a la madre de Dios que rogara por ellos, pecadores. Lloró amargamente.

La tarde declinaba. La lluvia hasta entonces intermitente, empezó a caer de forma continua, y negros nubarrones presagiaban más para las próximas horas. Mosén Rius, sentado frente a su escritorio, ultimaba la carta en la que, destinatario su Ilustrísima el señor obispo de la diócesis, daba cuenta de su inculpación en lo sucedido y suplicaba se le relevase en el cargo. Ante la falta de penitencia por parte de mosén Esteban, él mismo se la imponía, porque qué mayor castigo que verse separado de sus hijitos, que mandársele a donde no pudiera saber de ellos. Con manos temblorosas la firmó. Era el fin. Habían sido años felices en aquella santa casa de oración donde Dios habíase valido de su persona para darse a conocer a los niños que la habitaban. Sin embargo, ese mismo Dios le indicaba ahora a través de lo sucedido que se preparase, que otro camino le esperaba, y él, fiel al Mismo, lo iba a andar aunque fuera de espinas...

El ruido de la incesante lluvia le despertó. Miró sobresaltado el reloj: eran más de las nueve, hora de estar cenando. Al irse a levantar, dormido que se había quedado sobre el escritorio, hizo gesto de sentirse mal. Se notaba febril, con la cabeza embotada. Lo pensó mejor: aquella noche no cenaría; la frugalidad, además de buena para la salud, era otra forma de hacer penitencia. Por otra parte, su presencia no se requería en el comedor; los seminaristas mayores cuidaban de los menores. Más tarde, cuando se hubieran acostado todos, se daría una vuelta por el dormitorio. Mientras, aprovecharía el tiempo con sus rezos, en estar a solas con Dios en la capilla.

La llama ondulante del cirio, junto al altar aviso de la presencia divina en el sagrario, proyectaba su luz sobre el techo. Su palpito ahuyentaba por momentos el asedio de las sombras, pero de nuevo inundaban los rincones cercanos en densos haces. Las tinieblas de afuera se amontonaban junto a la puerta de entrada para ahogar suavemente la luz llena de sueño. Mosén Rius, sentado en uno de los primeros bancos de la doble hilera, leía, más que por ver por sabérselo de memoria, el breviario. De vez en vez levantaba la vista del libro, los ojos cerrados, en íntima comunión con Dios. La lluvia arreciaba, arremolinábase en ráfagas de viento; se violentaba la llama del cirio por lo que de ellas llegaba en forma de corrientes de aire. Traidora una, con súbito y fortísimo golpe cerró la puerta. Asustado, mosén Rius abrió los ojos al tiempo que el apagarse de aquél se los hacía ciegos. La oscuridad era completa. Dudaba entre si hacer de nuevo la luz con el interruptor de la luz eléctrica o con la mecha del cirio. Más cerca de este último, optó por él. Sabiendo de la caja de cerillas junto al candelero que lo sostenía, tanteando se acercó hasta encontrarlas. Rascó una: el quemarse del fósforo no fue capaz de hacerla encender por culpa de cierta corriente. Probó con otra, esta vez vuelto para hacer socaire hacia la puerta que suponía cerrada, y aún crepitaba el fósforo yendo en su arder a hacerse llama, cuando allí, en medio de la que había supuesto cerrada, vio con espanto, con infinito terror, los ojos enrojecidos, la calavera, el cuerpo difunto de lo que sólo un instante después, en la oscuridad de lo que su mano convulsa no había sido capaz de encender, reconoció no era un espectro, sino la simple presencia de mosén Esteban.

Carlitos se lo había explicado.